



ISABELA
LA AGONÍA DEL SILENCIO II

María del Carmen Martínez Sandoval

ISABELA
LA AGONÍA DEL SILENCIO II



Primera edición: febrero 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María del Carmen Martínez Sandoval

© Ilustración interior: María Cases

ISBN: 978-84-19595-90-4

ISBN digital: 978-84-19595-91-1

Depósito legal: M-3987-2023

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi familia siempre,
deseando que su lectura nunca quede en el olvido*

*Quiero escribir, pero, más que eso,
quiero llevar a cabo todo tipo de cosas,
que yacen enterradas profundamente en mi corazón.*

ANA FRANK



I

Frente al tazón de malta caliente las manos del hombre desmigajan la torta con dificultad para introducirla en el interior. El tiempo se acompasa a los movimientos lentos y torpes para llevar los alimentos a la boca hasta acabar con ellos.

Fuera de la cueva las nubes descargan el agua a cántaros y alteran la luz diurna volviéndola densa y oscura. Sin levantarse de su asiento, un grueso tronco con una oquedad central debido al desgaste continuado por el desplome del cuerpo de aspecto envejecido, día tras día, noche tras noche, durante varios años, se convierte para él en un pedestal desde el que puede visualizar los pequeños fantasmas que, anidados en sus entrañas, van tomando forma a su alrededor...

—Escucha atentamente, Isabela, son niños como tú, todos ellos forman una gran masa unida y extendida por el abrupto suelo: las dobleces de sus cuerpos muestran el terror, el frío y el dolor. Mientras que en sus inexpresivas caras la ceguera de los ojos les impide observar la metamorfosis del hombre en...

—¿En qué te vas a convertir, padre?

—Elisa, ¿qué puñeta estás diciendo?

—Que tú eres el único anciano que hay en este lugar y lo que estás contando debe ser la realidad mental que estás viviendo.

—O sea, que estoy desvariando...

—Exactamente, pero lo más grave es que lo haces ante una criatura ajena a tu absurdo mundo e incapaz de contestarte.

—¿Con quién quieres que hable?

—Conmigo..., únicamente conmigo.

El ofrecimiento de Elisa le anuda la garganta y empuja sus tripas hacia dentro. Damián, como padre, es incapaz de compartir todos los secretos que había ido guardando durante años para no atormentarla.

Su mirada se va dulcificando al ir desprendiéndose de la amargura que lo acongoja. Su voz con un tono despreocupado intenta enmascarar sus sentimientos:

—Lo siento, hija, puede que tengas razón. Mi vida desde que faltó tu madre ya no es la misma, los dos compartíamos nuestras preocupaciones y al hacerlo nos liberamos de muchas de ellas. Te prometo que junto a Isabela me comportaré solo como un abuelo alegre y cariñoso.

—Gracias, padre.

Como una cantinela se repite en su interior una y otra vez: «Bendita niebla..., bendita niebla..., que mantienes oculta para ella tanta infamia». De improviso un intenso cosquilleo le hace girar la cabeza y encontrarse con la mirada de su nieta. Por unos segundos los ojos de la niña mantienen hacia él una expresión ansiosa, viva, incluso sus labios parecían querer esbozar una leve sonrisa.

Conmovidó y asustado, sale veloz de la habitación y la vivienda dispuesto a perderse por unas horas entre la densa vegetación de la sierra.

Quizá el aire fresco y la gran responsabilidad y cariño que siente por su hija y su nieta hacen vacilar sus ansias de huir hacia esa cueva negra y vacía que él mentalmente ha destinado para un ser odioso e innombrable.

No quería volver a las terribles imágenes que surgían siempre de improviso para evaporar sus fuerzas y sacar lo peor de su carácter. Lentamente su ánimo se va templando y sus pasos se van aclimatando al sonido de las piedras bajo sus pies.

El bosque de robles lo acoge, como siempre, con la misma solicitud y afecto que se prodiga a un progenitor, porque la sangre y esfuerzo de sus antepasados habían ganado para sus descendientes

ese respeto: al cuidar, proteger y favorecer la extensión de tan nobles y vetustos árboles.

Su altura sigue siendo idónea para otear los alrededores, como una peonza va girando hasta dejar la mirada clavada frente a la casona familiar. Su cuerpo va cediendo por el peso de los recuerdos hasta quedar sentado entre las raíces de un roble.

Durante unos minutos las hojas van cerrando los huecos de su ancha copa formando un tupido y oscuro círculo. El pasado vuela al presente con imágenes que se desplazan y superponen lentamente: las primeras en pasar ante sus ojos muestran la mañana en que reciben la carta de su hija en la que les comunica su prematura boda en Santa Eulària des Riu (Ibiza), y su embarazo.

La doble e inesperada noticia no sorprende a la madre, que exclama con gesto enfadado:

—Después de tantas excusas por fin conocemos los motivos de sus prolongadas vacaciones...

—Tranquila, Lucía, cuando venga nos lo explicará.

—¿Por qué no ha esperado hasta entonces? Su carta es tan escueta, tan fría..., tan indiferente ante el daño que nos podía ocasionar. ¡Solo es una niña, Damián!

—¿Qué dices, mujer? Olvidas que ya ha cumplido la mayoría de edad.

—Sí, pero no entiendo su comportamiento, ¿qué vamos a hacer?

—Lo más urgente es hacer una apresurada reforma y ampliación en la casona para que se dé cuenta de que este, a pesar de todo, continúa siendo su hogar y que siempre podrá contar con nosotros para todo lo que necesite.

—Tienes razón, pero ¿tendremos suficiente tiempo?

—Sí, en pocas semanas todo se encontrará preparado para su llegada. Tú encárgate de la organización y decoración, yo del resto.

Al mes del inicio la remodelación de la casona está totalmente terminada, incluso la zona del jardín y el cobertizo de los caballos.

Las manos de Damián intentan detener las imágenes, pero estas solo tardan unos segundos en presentar ante él la llegada de Elisa con su marido. La impresión es tan fuerte que los dos quedan impactados e inmóviles al verlos bajar de un lujoso Facel Vega: su joven hija convertida en la sofisticada mujer que ella siempre había criticado al ver en las revistas a la élite de la alta sociedad, con su acompañante, Ignacy Pawlak, según su propia presentación. Un apuesto cincuentón que los mira con gesto frío, altivo y presuntuoso.

La corta estancia, de dos días, transcurre en un ambiente incómodo para todos. La constante vigilancia del esposo hacia Elisa impide la comunicación íntima con la hija, que se despide con una escueta nota donde figura su dirección en Ibiza y la promesa de tenerlos al corriente de la evolución del embarazo. Por parte de él, indiferencia.

El dolor traspasa todas las fibras de Damián al observar en las imágenes el rostro de Lucía angustiado y su cuerpo abatido. Sus brazos, aunque descolgados por el desconsuelo, la atraen hacia él, manteniéndola sujeta hasta perder de vista el vehículo.

Sus labios encajados y silenciosos retienen el grito, pero no la rabia que circula como una autómatas dentro del pecho para cobijarse después de unos segundos como una expectante alimaña en un recóndito lugar del pensamiento.

Con los ojos cerrados y un fuerte movimiento de cabeza intenta evadirse de las dolorosas imágenes. Pero la abertura involuntaria de los párpados y la imagen de la media sonrisa de Isabela frenan sus deseos de detenerlas, porque estas vuelven con más fuerza, más reales, más vivas: la agitada voz de Lucía corriendo por el jardín le obliga a dejar a un lado la corrección de los exámenes para acudir a su encuentro.

—Lucía, ¿qué pasa?

—¡Ya ha nacido..., es una niña preciosa!

—Calma, mujer, ¿cómo está nuestra hija?

—Dice que muy bien, que en casa las cuida una enfermera polaca...

—¿No hay enfermeras en Ibiza?

—Claro, pero esta es familia de su marido y una de sus ocupaciones es la de enseñar el idioma a Elisa y a Isabela, es como se llama la niña, cuando empiece a hablar.

—¡Vaya, lo tiene todo planificado! ¿Te dice Elisa cuándo podremos visitarla?

—Sí..., muy pronto nos lo comunicará.

—Cuando su dueño y señor le dé permiso para hacerlo.

—Por favor, Damián, sé paciente...

—¡Aún más!, durante todo el embarazo solo hemos recibido cinco cartas, todas escuetas y faltas de afecto. ¿En alguna de ellas nos invita a visitarlos? ¡Vamos, contesta!

No hay respuesta, porque las palabras suben por la garganta convertidas en un blanco fluido que empaña sus ojos y corre por sus mejillas. La emoción de Damián solo le permite abrazar a su mujer y secar el rostro con sus labios.

La espera es lenta y angustiosa. Después de tres largos meses la carta cobra en sus manos el valor de una buena nueva: en ella lo que más importa es la invitación de Elisa a la mansión La Roca, en Santa Eulària des Riu.

A pesar de los acelerados preparativos y la compra de los regalos para la nieta, los días se hacen eternos, y también las noches, con las inquietantes y eternas duermevelas. Pero eso no impide que la alegría impregne la vida de la pareja y la obsesiva mirada al calendario de la cocina para no olvidar la fecha marcada en rojo: el 27 de junio de 1950.

El día señalado el trayecto desde Torrelaguna a Madrid, tantas veces recorrido, en esta ocasión tiene un mayor encanto para ellos: el pueblo de las cuevas y su fértil vega, bañada por el Jarama, situado al pie de la sierra, aparece envuelto por el aire fresco matizado de olores a pinos, encinas, álamos, sauces, chopos... El gozo se extiende hasta la visión de los corzos y ciervos pastando entre los bosques.

Todo parece nuevo y mágico, los ojos de Damián se abren como platos para captar mejor la imagen de Lucía, sus palabras

apagadas por el sufrimiento recobran vitalidad al exclamar, con los brazos extendidos: «¡No te vayas, mi vida!». Y no se va, solo se transporta al asiento dentro del avión que los lleva al aeródromo de San Bonet en Palma de Mallorca.

Desde el embarque en la mente de Lucía desaparece el interior del avión: Damián, la azafata y por supuesto el resto de los viajeros. Su mirada solo se desplaza, en silencio, al exterior. Es Damián quien abrocha su cinturón durante el aterrizaje, recoge el equipaje y dirige sus pasos hasta el autobús que los deja en el puerto deportivo, donde los espera un pequeño barco para llevarlos a un embarcadero cercano a la mansión, La Roca. Un lugar paradisiaco donde las lujosas edificaciones se esparcen hacia la costa bajo el monte de Missa, formando un vértice hacia las playas y calas.

La delgada figura de Elisa se distingue nítidamente en la parte alta del montículo, junto al letrero que indica el nombre de la finca. Damián empuja con suavidad el brazo de Lucía y los dos caminan con lentitud hasta llegar ante la presencia de la hija. Altiava e imperturbable, se deja abrazar y besar por sus padres sin expresar ningún sentimiento de afecto. Solo una fría y seca palabra rompe su silencio:

—¡Vamos!

Los pasos de Lucía se vuelven pesados y lentos. El ritmo de su corazón, cansado por la subida al montículo y el seco recibimiento de la hija, hace palidecer su rostro mientras con voz apenas perceptible implora a Damián:

—Ayúdame.

—Lucía..., Lucía, siéntate en este tronco. Tranquila, no hay prisa.

La mirada dura y desprovista de cariño de Damián se clava en Elisa con tanta fuerza que sus mejillas se quedan tan pálidas como las de su madre.

—¡Disculpad, madre, descansad!

—Elisa, ¿qué te pasa con nosotros?

—Nada, padre, es por la niña...

—¿Qué niña?

—Isabela, padre, ¿quién va a ser?

—Elisa, ¿tanto te cuesta decir: es por mi hija..., mi hija?

—Damián, por favor... ¿Qué le pasa a tu hija?

—Según el médico está bien, madre, pero apenas duerme y no deja de llorar de día y de noche.

—¿No se tranquiliza en el pecho?

—Madre, no se amamantaba bien y tuve que retirárselo. El único alimento que tolera desde que nació es el Pelargón, pero hay que dárselo en pequeñas cantidades cada dos horas y con mucho cuidado para que no se atragante.

—¡Ayúdame, Damián, tengo muchas ganas de abrazarla!

—Antes de llegar a la casa voy a pedir os un favor: no comentéis nada de lo que os he dicho delante de la enfermera, ni saquéis a... mi hija de la cuna sin su permiso.

—¡Pero, Elisa...!

Los labios de Lucía quedan sellados al observar la humedad en los ojos de su hija. Después de oprimir el brazo de su marido los dos echan a andar apoyado el uno en el otro hasta llegar a la entrada de la vivienda.

Apostada en el umbral de la puerta, una figura delgada, estirada y vestida de blanco de pies a cabeza los recibe con una corta frase:

—Adelante, ¿se encuentran bien?

—Sí, gracias —le contestan los dos al unísono.

—Renata, mis padres desean ver a Isabela...

—Está dormida, te avisaré cuando despierte.

Sin más explicación sale de la estancia y vuelve con una sirvienta uniformada. Con voz áspera y cortante le ordena:

—¡Coge el equipaje de los señores y acompáñalos a su alcoba!

Damián observa la pasividad de la hija con los puños crispados y el fuego quemándole las tripas. Sin emitir palabras siguen a la sirvienta hacia la habitación destinada para ellos, en el ala trasera de la vivienda.

El intento de la sirvienta por deshacer el equipaje es rechazado por Lucía. Los dos se sientan, uno frente al otro, en el balcón, sin pronunciar palabra.

Después de una hora de espera Elisa entra apresuradamente a la habitación para llevarlos junto a Isabela.

Lo que más llama la atención de los abuelos nada más entrar en la estancia es la disposición de una cama bajo una amplia ventana, con el cabezal situado frente a la puerta para dominar desde él cualquier intromisión en el interior. Al fondo, a la izquierda, un gran armario y una bañera para bebés. Los cuidadosos pasos hacia la lujosa cuna no evitan el despertar de la niña y su amargo llanto.

—¡Dios mío! Elisa, ¿qué le pasa?

—No lo sé, madre, siempre le ocurre lo mismo al despertar.

Lucía se acerca a la nieta susurrando una nana mientras la levanta de la cuna. La intención de Elisa para detenerla es interrumpida por su padre, que la sujeta y le pide silencio. La abuela sentada en el sillón besa y acaricia a la niña mientras la mece suavemente.

El llanto va cediendo y su cuerpecito perdiendo la rigidez hasta quedar nuevamente dormido. Durante una hora los dos cuerpos parecen ligados para formar un solo ser.

De improviso la voz temblorosa de Elisa, apenas perceptible, suena como la de una criatura que sabe que está haciendo algo prohibido:

—Madre..., por favor, intenta dejarla en la cuna.

Lucía la acuesta con la misma delicadeza con la que la había levantado y sale de puntillas de la habitación seguida por su hija, cuya disculpa, dirigida a su madre, es más propia del miedo que de la lógica.

—Lo siento, pero no queremos que se acostumbre a los brazos. Los bebés suelen ser caprichosos y muy absorbentes...

—¿Seguro que es por esa razón?

—¡Damián...!, ¿dónde estabas?

—Después te lo explicaré, Lucía, deja que me conteste.

—Es una recomendación que el médico le hizo a Renata.

—¿A ti también te la hizo?

—No, es que son mi marido y Renata los que hablan con él, aún no domina el español...

—Es alemán, ¿verdad?

—Sí, padre, es un eminente médico, amigo de Ignacy.

—O sea, que él está de acuerdo con Renata para alejar a Isabela de tu lado.

—Pero, Damián, ¿qué barbaridad estás diciendo?

—Lucía, no es ninguna barbaridad, ¿por qué no le preguntas dónde están situados su alcoba, el salón y el despacho de su marido...? Aunque, pensándolo bien, es mejor que te lo diga yo: está tan alejado de la estancia de su hija como la zona donde nos hemos instalado nosotros.

—Padre, eres muy mal pensado... Ignacy trabaja mucho, es un químico muy valorado y está integrado en un proyecto científico muy importante de EE. UU. Pasa mucho tiempo fuera y cuando viene tiene necesidad de descansar.

—¿Te habla de su trabajo?

—No, se desconecta totalmente de él...

—¡Ya! Cuando está aquí tu dedicación es plena a su persona, pero cuando él se marcha ¿por qué no haces lo mismo con tu hija? ¿Es que esta señora no se aparta de ella?

—Sí lo hace, sale todas las tardes, durante ese tiempo yo estoy junto a mi hija. No soy tan mala madre como tú estás pensando.

—Basta..., basta, ya está bien, por favor.

—Lucía, tienes razón. Lo siento, hija, no volverá a ocurrir.

El cuerpo de Damián se encoge hasta quedar doblado; consciente de lo inevitable, deja que la flacidez lo invada para seguir viviendo esa etapa.

La promesa interior de Damián requiere un cambio de actitud y el alejamiento de la vivienda durante gran parte del día. La vuelta siempre está planificada para no coincidir con la enfermera. A pesar de ello al llegar a la mansión el aire de sus pulmones solo deja salir al exterior una leve brisa con las escasas palabras, en los momentos más necesarios.

Pero la falsa armonía queda truncada en la despedida: al amanecer del día 30, con el equipaje preparado para la marcha, Lucía ruega a su hija que les permita ver a Isabela.

—Está bien, madre, pero tendréis que esperar a que Renata se despierte; si no podéis, por favor, hacedlo en silencio.

Pero la obsesión del silencio es precisamente lo que activa la reacción de Renata: la entrada de Lucía, de puntillas, le hace perder la estabilidad y tropezar con la mesita donde están los medicamentos de Isabela con tan mala fortuna que estos caen al suelo y uno de los frascos se derrama en su totalidad. El grito de la enfermera, además de despertar a la niña, impacta como un rayo en el matrimonio enmudeciéndolos durante varios minutos, los suficientes para que los ojos de Renata se inyecten de sangre y arranque de su boca una lapidaria frase:

—¡Maldita roja!

Damián se adelanta enfurecido hacia Renata, pero la caída de Lucía al suelo implorando perdón desvía sus pasos.

—¿Le has pedido también perdón a los padres del hombre que mataste, roja?

El intento de Elisa para acudir junto a sus padres es cortado por el empujón de la enfermera y su orden tajante:

—¡No te acerques a ellos, tú ya no perteneces a su casta!

La pregunta apenas audible de Lucía: «¿Por qué..., por qué?» hace clavar la mirada de Damián en los ojos de su hija, quien baja la cabeza avergonzada. Sin esperar respuesta de ella levanta a su mujer y salen abrazados, escuchando el desgarrado sonido del llanto y los suspiros de la nieta.

—¡Padre..., padre, despierta...!

—¿Qué pasa?

—Tienes el rostro desencajado, ¿te encuentras enfermo?

—No...

—Padre, te necesitamos. Por favor, vuelve a casa.

Sabe que es cierto, como bien presagió Lucía en su lecho de muerte, su hija y su nieta iban a necesitar su ayuda. Aunque su

cuerpo debilitado apenas responde a los deseos de Elisa, el recuerdo de la promesa hecha a su mujer le da fuerzas para dejarse llevar por ella sin oponer resistencia.

A medida que avanza sus pasos van traspasando de forma vertiginosa los días, los meses y los años hasta detenerse en la fecha en la que se halla, septiembre de 1956.

II

El descenso de la temperatura siempre coincidía con las lluvias que se iniciaban a mitad del mes de septiembre. Este año no podía ser menos que los anteriores, la llegada de la gota fría, a la que estaban acostumbrados, casi siempre respetaba al pueblo: este se convertía en refugio y atalaya para sus gentes, quienes se limitaban a vigilar sus calles con la esperanza de que el agua no las alcanzara.

Pero en esta ocasión la intensidad de la lluvia acelera el desbordamiento del Jarama y las avenidas del agua de la sierra, y el pueblo queda invadido por la extensa laguna que se formaba fuera de él.

El aislamiento impide la llegada de la sirvienta. Elisa se hace cargo de todas las ocupaciones del hogar y Damián se ocupa de Isabela.

Durante las dos primeras noches el miedo a la crecida del nivel de las aguas obliga a Damián y a Elisa a mantener turnos de vigilancia.

Al tercer día amanece despejado y un tímido sol parece soltar sus rayos a hurtadillas. Damián observa las idas y venidas de su hija asomándose por las ventanas entusiasmada. La expresión de su rostro es la misma que reflejaba la primera vez que, siendo niña, vivió una experiencia parecida. Fue tanta la embriaguez que simulando el vuelo de una mariposa comenzó a danzar al ritmo del murmullo del agua mientras su madre la miraba extasiada.

Con los ojos empañados y la mano presionando su pecho como si quisiera escapar de él, Damián solo acierta a pronunciar una profunda exclamación:

—¿Por qué?

El cuerpo de Elisa se gira en redondo al escucharla antes de preguntarle:

—Padre, ¿qué has dicho?

—¿Por qué..., por qué...? Es la pregunta que tu madre repetía noche tras noche hasta caer rendida por el sueño y que susurró en mi oído antes de morir: ¿por qué?

—Padre, me estás asustando, ¡por Dios, mírame!

Intuyendo que ella es la culpable del dolor tan profundo que su padre está sintiendo, se deja caer a sus pies con la cabeza hundida entre las manos. Sobrecogida ante su silencio, implora entre sollozos:

—¡Padre, perdóname..., perdóname...!

—¿Qué daño te habíamos hecho para que nos trataras con tanta crueldad? Jamás imaginábamos que harías público su secreto más íntimo.

—¡Perdóname!, yo solo le conté que la locura del hombre que asediaba a madre provocó el accidente que le costó la vida. No pensé que ella lo iba a tratar como si fuera un hecho político. Padre, era demasiado joven para darme cuenta de la maldad que escondía.

—La juventud no es la culpable de tu desprecio y abandono hacia nosotros.

—No, no lo fue. Tuve que jurar a Renata que no tendría contacto con vosotros para que no denunciara a mamá...

—¡En qué cabeza cabe que una polaca pueda venir a España a abrir un caso que hacía casi veinte años que estaba archivado!

—Padre, no grites, escucha con atención lo que te voy a contar.

—No. Si hubieras puesto en nuestro conocimiento lo que estaba pasando habrías defendido a tu madre con las mismas armas políticas con las que ella la estaba atacando. Pero aún estás a tiempo de conocer el relato completo: el hombre que perseguía a tu madre no lo hacía para sacarla de una casta... maldita, según esta mujer, todo lo contrario, su padre y su hermano son militares adictos al régimen. Aunque tengo que aclararte que ella no compartía sus ideas y actos.

»Después de esto comprenderás que su amenaza no tenía validez. La única verdad de los hechos se encuentra en el comportamiento de un hombre casado que se encaprichó de tu madre y quería conseguirla a toda costa.

»Aprovechando la fiesta la última tarde de fin de curso, esperó por los alrededores del colegio a que ella se despidiera de todos los alumnos para intentar convencerla de sus buenas intenciones. Como era de esperar, el rechazo fue tan rotundo como las veces anteriores. Desencajado, se apartó de su camino para volver a los pocos minutos, a caballo, con una rabia incontrolable intentando atraparla. A tu madre solo le quedaba una opción para escapar de él: atravesar el frágil puente de madera que utilizaban los pastores en sus desplazamientos a los pastos donde tenían el ganado, pensando que él desistiría de su empeño. Pero no fue así: ni frenó el ímpetu que llevaba ni se bajó del caballo para seguirla, se lanzó como un salvaje tras ella y al llegar a su altura se dobló intentando cogerla, con tan mala fortuna que el balanceo del puente le hizo caer entre las rocas de la orilla del río. Tu madre quedó colgando cogida a las cuerdas que formaban la barandilla. De no ser por el pastor que desde el otro lado había observado todo lo ocurrido y que acudió a ayudarla ella también estaría muerta. Él fue quien le indicó que corriera hacia la pensión antes de tocar su silbato y dar la voz de alarma.

»Después de escuchar los hechos que te he relatado dime qué disculpa creíble puedes darme para que olvide nuestro sufrimiento y la muerte prematura de tu madre.

—Padre, estaba aterrada...

—Elisa, ¡aterrada! ¿De qué?

—De ellos, padre, de ellos. No son lo que parecen, en la isla solo se relacionaban con un grupo de personas de nacionalidad alemana, cuando lo hacían sus conversaciones siempre eran en alemán.

—¿Por qué dices «cuando lo hacían»?

—Porque a partir de vuestra marcha dejaron de visitarnos. Padre, me declararon el boicot, ni siquiera podía asistir a sus fiestas.

Cuando las hacían Renata y mi marido acudían a ellas y yo me quedaba en casa...

—¿Qué explicación te daba tu marido?

—Que mientras que fuera una amante complaciente estaría junto a Isabela...

—Elisa, ¡calla..., calla!

—No, padre, intentaba guardar en soledad mi desgraciada vida, pero en estos momentos mi mayor deseo es compartirla contigo y sentir tu perdón y tu apoyo: durante los cinco años y medio de matrimonio la única fuerza que me mantenía viva era la que recibía de mi hija, mi unión con ella cada vez era mayor. Mientras que a Renata conforme pasaba el tiempo le resultaba más difícil asumir y tolerar las deficiencias de Isabela.

»Los viajes de mi marido fuera del hogar eran cada vez eran más largos, cosa que yo solía aprovechar para ocupar la cama de la habitación de mi hija. Durante sus estancias en la casa me convertía en la mujer objeto, sumisa y complaciente que él pensaba que había formado.

»Durante cuatro años todo parecía controlado, incluso los abortos. Después del tercero mi cuerpo también quedó inmune a ellos.

»Isabela avanzaba con lentitud en su mejoría; sus pasos, aunque torpes, iban ganando en seguridad. Aprendió a estar sentada, a entretenerse con una muñeca de trapo y a dormir con ella. Pero las palabras y los gestos faciales seguían ausentes e inexpresivos. Mi paciencia dulcificaba la espera, pero no la de su padre, que la trataba con indiferencia y rigidez.

»Cuando le hablaba, esperanzada por el progreso de Isabela, se limitaba a poner delante de mí, con aspereza, todos los artículos que había recopilado del psiquiatra Leo Kanner sobre el «autismo precoz infantil». El cuadro clínico expuesto por este autor coincidía con las características que estábamos observando en la niña. La intención que había estado madurando desde que tenía un año consistía en ingresarla en un centro especializado. Mi negativa solo conseguía aplazarla.

»Durante todo el año cincuenta y cinco esa idea había quedado dormida. Ignacy, cuando estaba en casa, repartía todo su tiempo entre las reuniones clandestinas y sus encuentros amorosos. Renata, desligada de sus obligaciones con Isabela, se había convertido en la dueña y señora de la casa. Una situación que aportó tranquilidad y paz. Pero esta tenía los días contados.

»El 27 de enero de 1956, regresaron los dos de un extraño viaje a Polonia que habían emprendido el 23 del mismo mes. La tranquilidad que aparentaban a su llegada conforme pasaban los días iba desapareciendo para dar paso a una permanente irritabilidad. Ignacy dejó sus reuniones y las salidas nocturnas, obligándome a compartir de nuevo su cama. Renata, apartada también de sus amigos, deambulaba nerviosa por la casa esperando a que todo quedara en silencio para conversar con él a escondidas.

»Posiblemente el enrarecimiento del ambiente afectó a Isabela, que empezó a dar muestras de agitación durante el día y llanto desgarrado al llegar las dos de la madrugada. Ante la imposibilidad de que Renata la callara, Ignacy me sacó de la cama y a empujones hizo que entrara en su habitación para lanzarme como un fardo encima de ella. Al sentir mi contacto se acurrucaba conmigo y dejaba de llorar.

»Pero la tensión que se vivió a partir de entonces acabó explotando un aciago día: como de costumbre, Isabela y yo nos encontrábamos sentadas en el jardín, frente a la parte delantera de la casa y su padre recostado en una mecedora en una esquina. Serían las doce del mediodía del 5 de febrero...

—¡Vaya..., vaya!

—Padre, ¿qué pasa?

—¡Continúa, después te contestaré!

—Ahora viene lo más desagradable: a esa hora todos los días Renata sacaba el aperitivo, solo para Ignacy. En esa ocasión la mirada de Isabela dirigió la mía hacia el descanso de la pequeña escalera que da al jardín. En él apareció Renata con la bandeja, de

repente su cuerpo empezó a balancearse de un lado a otro hasta caer rodando al último de los escalones.

»Pero lo peor vino a continuación: Isabela rompió su silencio con una sonora y aflautada risa que nos dejó a todos atónitos. Su padre, con los ojos inyectados en sangre por la rabia, en vez de acudir a Renata, se lanzó en nuestra dirección con los puños apretados.

»Dispuesta a defender a mi hija, levanté una silla en alto y me coloqué delante. Pero lo que escuché y vi me dejó sobrecogida: nada más pronunciar Isabela su primera palabra, *babcia*, la carrera de su padre quedó cortada: como si se hubiera dado de bruces contra una pared de goma su cuerpo salió despedido hacia atrás.

—¿Supongo que habrás averiguado el significado de esa palabra?

—Sí, «abuela!».

—Bueno, es el momento de contestar a tu pregunta anterior. Mi exclamación al escuchar el mes, día y hora es porque coinciden, en todo, con la muerte de tu madre. Es más, la llamada de Isabela me confirma la conexión entre ellas...

—Padre..., ¿por qué la llamó en polaco?

—Eso no te lo puedo decir en estos momentos. Pero ten la completa seguridad de que lo averiguaremos. ¿Qué consecuencias tuvo para vosotras lo que ocurrió?

—En ese momento ninguna. Ignacy, después de dirigirnos una odiosa mirada, corrió a auxiliar a Renata, que gritaba y se retorció de dolor. Esa misma tarde ordenó a la sirvienta que preparara una bolsa con ropa de Renata y su equipaje y se marcharon de la casa, sin decirme ni adiós.

»Ignacy apareció a los diez días a recoger más ropa para Renata. Ante mi insistencia por conocer su estado y el lugar donde estaba ingresada, lo único que me contestó, con sequedad, es que la habían operado de la cadera derecha y que no se me ocurriera visitarla.

»Al día siguiente cuando me levanté ya había desaparecido; según me dijo la cocinera, la despertó a las seis de la mañana para

que le preparara el desayuno. Antes de marcharse le entregó la llave de su despacho y le ordenó que nadie, ni siquiera yo, entrara en él.

»A partir de ese día Ana, la cocinera, sin darme ninguna explicación, se adjudicó el gobierno de la casa.

—¿Por qué no se la pediste tú?

—No necesité hacerlo, pronto me di cuenta de que Ignacy la había convertido en mi carcelera. Traté de aparentar que todo era normal. Seguí dedicando mi tiempo a Isabela: tanto a sus ejercicios para mejorar los movimientos de brazos y piernas como a los intentos para hacerle repetir las mismas palabras cada día. Pero ella sonreía y, sin pronunciarlas, agitaba sus manos para que yo continuara repitiéndolas.

»La tranquilidad en la casa se alteró cuando llegó el día 26 de julio, fecha mensual acordada para pagar al servicio y hacer el apartado para los gastos del mes siguiente. Ana se encaró conmigo exigiéndome su sueldo y el de la sirvienta.

»Le expliqué que tenía que esperar a que llegara Ignacy, o que me dejara la llave del despacho para buscar el dinero. Su contestación fue un no rotundo a las dos opciones.

»Pero la intransigencia de Ana, lejos de mermar el interés por solucionar el problema, lo que hizo fue darme las fuerzas necesarias para olvidar mis miedos y buscar, si era preciso, debajo de las piedras. Estaba segura de que Renata, como buena usurera, debía tener escondida gran cantidad de dinero. Esa misma mañana registré palmo a palmo todos los cajones, los armarios y la pequeña librería de su habitación sin encontrar ni un solo billete.

»La imprevista entrada de Ana en la habitación en un instante tan desesperado hizo saltar de nuevo el miedo dentro de mi pecho al contestar a su pregunta:

»—Elisa, ¿qué hace aquí?

»—Revisar la habitación, debe estar impecable para recibir a Renata.

»A pesar del temblor interior mi respuesta fue firme y seca. Con un gesto agrio y un sonido incoherente salió de la estancia.

»Sentada encima de la cama, estrujé con fuerza la ropa que la cubría tratando de descargar en ella toda la rabia que sentía... Al levantarme traté de estirarla hacia el cabezal y justo en la parte superior mis manos tropezaron con un extraño doblez. La curiosidad fue mayor que mi nerviosismo: aparté la almohada y la ropa, quedando al descubierto un pliegue en la tela del colchón cerrado con tres imperdibles, y al quitarlos lo primero que salió a la superficie fue un gran sobre, de cuyo interior extraje un fajo de billetes enrollado, sujeto con una goma.

»Pensando que la providencia había escuchado mis súplicas, fui sacando uno a uno con mucho cuidado los billetes que necesitaba tratando de no alterar su grosor: cuatro de 500 pesetas (dos con la imagen de Mariano Benlliure y otros dos con la de Ignacio Zuloaga), cinco de 200 pesetas y seis de 100. Estos últimos, con la imagen de Julio Romero de Torres, completaban las 3.600 pesetas que necesitaba.

»Era importante colocar el fajo de billetes en el mismo hueco, al hacerlo tuve que sacar los papeles que había en el interior para ponerlos en la misma posición en que se encontraban. Al ordenarlos observé extrañada que uno de ellos estaba dirigido a mí. Lo saqué y lo metí en el bolsillo de la falda sin leerlo. Lo más urgente en esos momentos era afrontar la situación en que me encontraba y buscar una explicación lógica para el dinero.

»Después de varias horas de meditación puse en marcha lo único que se me ocurrió: aparté el dinero que había sacado para cubrir las necesidades de mi hija y las mías y el resto lo metí en un sobre. Con él escondido en el pecho bajé a la cocina y me enfrenté a Ana con altanería:

«—Ana, ya sé que mi esposo le ordenó que nadie entrara en su despacho, pero no sabemos cuándo podrá volver, si queréis cobrar tendremos que entrar las dos y buscar encima de su mesa...

«—Está bien, pero yo no me hago responsable de nada, cuando llegue su marido le diré, si me pregunta, que usted me lo ordenó.

»Esa misma tarde dejamos a la sirvienta al cuidado de Isabela y entramos en el despacho. Sentía la mirada de Ana clavada en mí como si fuera un cuchillo. Incapaz de controlar mi nerviosismo, decidí acelerar al máximo la estancia allí. Me coloqué de costado junto al escritorio y con la mano derecha levanté el calendario simulando que observaba las fechas señaladas, para elevar la mirada de Ana hacia él, mientras mi mano izquierda sacaba de dentro de la camisa el sobre y lo introducía debajo de la carpeta. Más calmada y segura, le indiqué muy seria:

»—Ayúdame a mirar entre los papeles de la mesa.

»Sin pronunciar palabra se acercó a la mesa. Fuimos levantando los papeles procurando no desordenarlos sin encontrar nada, y simulando desaliento me dejé caer en el sillón. Por suerte mi tretra funcionó: ella acercó sus manos a la carpeta desplazándola, y al hacerlo apareció el sobre, que abrió apresuradamente. De nuestras bocas salió una alegre exclamación al ver los billetes:

»—¡El dinero está aquí!

»Sacó el dinero de los dos sueldos y las mil pesetas que se destinaban todos los meses al gasto de alimentación. Con el dinero en su poder su mirada hacia mí cambió, hasta parecía agradable; con un gesto de cabeza señaló la puerta, las dos salimos rápidas, ella se dirigió a su cocina y yo junto a mi hija.

»Pero la alegría duró poco, al cambiarme de ropa para ir a dormir cayó del bolsillo el papel que había guardado en la alcoba de Renata. Al leerlo pasé en pocos segundos de la sorpresa a la rabia y de esta al odio, lo que tenía ante mis ojos era un impreso en cuya cabecera se especificaba: «Centro Médico, Dr. Clold». Debajo figuraban mis datos personales y la causa por la que había sido ingresada: para practicar una salpingoclasia.

»El impacto fue tan terrible que de no estar cerca de la cama habría caído al suelo. El resto de la lectura dejó de existir para mí. Conocía perfectamente lo que aquella palabra significaba por haberla escuchado en muchas ocasiones en las reuniones a las que asistía con ellos al principio como uno de los métodos para la esterilización.

»Padre, lo que más provocó en mí el sentimiento de odio fue el engaño: después del último aborto las molestias durante la menstruación eran constantes. Esa fue la excusa para ingresarme en la clínica de uno de sus amigos alemanes.

—¡Qué canalla, te juro cuando le ponga la mano encima lo mato!

—Padre, tranquilo. Espera que te cuente la odisea completa y verás cómo no tendrás que enfrentarte a él.

»A pesar de tener claros que los motivos de mi esterilización fueron su miedo a que los demás bebés nacieran con el mismo síndrome de Isabela y tener que soportar unos hijos, según su cruel dictamen, débiles e inferiores a los demás, la mañana del día siguiente al descubrimiento marché con mi hija al centro médico donde se efectuó la intervención.

»La recepción era tal y como yo la recordaba: un amplio mostrador atendido por una enfermera con rígida indumentaria y gesto muy serio. Después de identificarme le enseñé el informe médico y le pedí una entrevista con el doctor Clold. Estaba tan pendiente de su respuesta que no presté atención a Isabela. Cuando giré para dirigirme con ella a la sala de espera había desaparecido, su nombre sonó como una alarma:

»—¡Isabela..., Isabela...!

»La enfermera se apresuró a salir del mostrador y, cogiéndome del brazo, se introdujo conmigo en el largo pasillo donde se encontraban las consultas: una a una fue entreabriéndolas para comprobar si estaba allí. Antes de llegar a la penúltima unos escalofriantes gritos, que salían de la zona reservada para las personas internas, nos paralizaron por unos segundos. Su reacción fue rápida, atravesó corriendo la puerta de separación, seguida por mí, para detenerse en el umbral de una habitación. Lo que presenciamos en ella era horrible: Renata se balanceaba en la cama como un pelele, con los ojos desorbitados por el espanto fijos en Isabela, que se encontraba en una esquina de la estancia agitando los brazos y emitiendo sonidos extraños.

»Mientras la enfermera gritaba pidiendo ayuda para sujetarla, yo tiré con fuerza de mi hija y escapamos del centro aprovechando el revuelo del personal...

—Elisa, ¿por qué esa urgente evasión?

—Padre, la única persona que había en la habitación era Isabela...

—¿Estás segura?, ¿no tuviste la sensación de que estaban acompañadas?

—No, solo dolor al ver a mi hija frente a Renata.

—¿Y qué? ¿Acaso tenía entre sus manos algún palo, cuchillo o cualquier instrumento con el que pudiera atacarla?

—No, pero sus movimientos y la entonación de sus incoherentes sonidos daban la sensación de estar disfrutando.

—¡Bravo por mi nieta!

—Cuando sepas las consecuencias que tuvimos por su comportamiento dejarás de alabarlo.

»Durante los cuatro días siguientes, a pesar de la pérdida del certificado de mi operación, la tranquilidad reinante en la casa fue relajando mi sistema nervioso. Una situación que giró en redondo el sábado en la noche. Acosté a Isabela a las nueve y me quedé junto a la cama hasta que se quedó dormida, como tenía por costumbre. Pero no había pasado ni una hora cuando su llanto desconsolado me alertó de que le pasaba algo. Intenté calmarla con caricias y besos, pero para ella no era suficiente: empezó a tirar de mí hasta que quedé tendida en la cama a su lado, al sentir el contacto ahuecó con su cuerpo el mío hasta cubrirse con él.

»Los intentos por despegarnos fueron nulos. El cansancio y el sueño vencieron mi voluntad y pronto quedé dormida. Serían las cinco de la madrugada cuando Isabela empezó a agitarse de nuevo, en esta ocasión con la cabeza elevada por encima de mi hombro miraba algo a mi espalda. Al girar yo la mía lo primero que visualicé, en la penumbra, fue un bulto blanco bajando lentamente hacia nosotras.

»No sé si fue mi grito o la triste llamada de Isabela, *babcia*, lo que hizo retroceder al intruso. De un salto encendí la luz y lo que vi

convirtió mi miedo en terror: Ignacy se encontraba tan unido a la pared frontal que parecía una blanca ramificación de ella. Sus ojos estaban desorbitados, descoloridos, y sus brazos extendidos hacia delante intentando impedir el contacto con algo.

»La situación en la que se encontraba hizo crecer en mí el valor, cogí la silla que tenía junto a la cama y me fui contra él amenazante:

»—Maldito, ¿qué pensabas hacer?

»—¡Matarla... , matarla... ! ¡Te juro que si no salís inmediatamente de aquí os mato a las dos!

»Nada más ver sus ojos ensangrentados me di cuenta de que pensaba cumplir su amenaza. Mientras salía de la habitación con los puños en alto repetía una y otra vez:

»—¡Fuera... , fuera!

»Padre, solo necesité veinte minutos para vestir a mi hija, echar en una maleta algo de ropa, la carpeta con mi documentación y los informes sobre mi operación. En el pasillo nos esperaba Ignacy, que empezó a andar detrás de nosotras agitando un cinto a modo de látigo para hacernos correr... De esa manera salimos de la casa y fuimos casi arrastrándonos hasta llegar al embarcadero, donde nos dio un empujón que nos hizo caer al suelo. Entonces levantó su látigo y se dispuso a descargarlo en nosotras, pero unos fuertes ladridos le hicieron desistir y salir corriendo hacia la casa.

»En ese mismo instante dos sombras salieron de detrás de las rocas. No podía ver sus rostros, pero al escuchar sus voces el terror que sentía fue desapareciendo, incluso Isabela dejó de temblar:

»—Somos amigos... Tranquilas, somos amigos, me llamo Sam.

»—Yo, Dolores. Hay que salir inmediatamente de aquí.

»Padre, nos levantaron casi en volandas y como si fuéramos unas delicadas figuras de porcelana nos colocaron en el interior de la barca que había escondida en el embarcadero. Mientras Sam se preparaba para remar, Dolores se despedía de una persona que iba acompañada por un mastín. Al incorporarse a la embarcación su única palabra sonó como una orden:

»—¡Sam, echando leches!

»Los primeros rayos de luz sirvieron para reconocer a las personas que nos estaban ayudando: Dolores se encontraba en la sala de espera del centro médico del doctor Clold el día de nuestra vista; a Sam lo vimos fuera, con la prisa por escapar no me di cuenta de que el muñeco musical de Isabela se le había caído y él corrió hacia nosotras para entregárselo.

»El suspiro de alivio al recordarlo en la barca fue tan grande que, estremecida, rompí a llorar como una criatura. En esa ocasión sentí la ternura de mi hija como no la había sentido nunca: apartó con sus manitas las lágrimas, me acarició la cara y me besó.

»Padre, padre, su primer beso... Incluso nuestros salvadores nos miraban emocionados. Cuando nos vieron más tranquilas me pidieron que les contara mi historia, solo desde el momento en que conocí a Ignacy. Así lo hice, no omití ningún detalle por desagradable que fuese para mí. Al finalizarla se apartaron de mi lado para hablar entre ellos.

»Después de diez minutos de conversación Sam se sentó junto a mí y me explicó lo que habían acordado: Dolores nos dejaría en Mallorca, él se quedaría con nosotras para acompañarnos en el viaje de avión hasta Madrid, donde nos buscaría un refugio seguro. La única condición que puso fue el absoluto secreto de la situación del lugar y de nuestra estancia en él hasta que nos considerara fuera de peligro.

»Padre, te juro que durante el tiempo que permanecemos allí lo único que me apenaba era no tenerte a nuestro lado.

—Está bien, entiendo todas las precauciones que tomaron. Pero tú tienes que comprender que ese tipo de seguimiento y vigilancia solo se hace a los proscritos y a los criminales. ¿Crees que va a desistir de buscaros sabiendo que puedes testificar contra él?

—Padre, no puede hacerlo, Sam me contó que sus amigos lo arreglaron todo para que nos dieran por muertas. Cuando Dolores volvió a nuestro encuentro pusieron en funcionamiento el plan: ella salió remando en la barca acompañada por un bulto que aparentaba ser una criatura y mientras, su contacto hacía correr la voz

entre los pescadores de la presencia en el mar de una mujer y una niña en una vieja embarcación a la deriva.

»Después de golpearse contra las rocas, cerca de la bahía de Sant Miquel, un fuerte incendio envolvió en llamas totalmente la barca. Cuando llegaron los equipos de salvamento de Sant Miquel de Balansat ya no pudieron hacer nada para apagar el incendio o recuperar los cuerpos de las personas que iban dentro.

»El suceso salió en las noticias locales, pero nadie denunció la desaparición de ningún familiar o persona amiga. Pasado un mes, lo ocurrido quedó en el olvido.

»A pesar de eso Sam nos mantuvo dos meses más en el refugio antes de dejarnos marchar. Padre, ¡estás descompuesto! ¿Qué te pasa?

—Elisa, que seguís estando en peligro. En cualquier descuido de sus perseguidores escapará y vendrá a esconderse aquí, donde nadie lo conoce.

—Padre, me estás asustando...

—¿Puedes ponerte en contacto con Sam?

—Sí, me hizo memorizar un número telefónico y una clave, pero solo puedo utilizarla en caso de urgencia.

—¡Llámallo inmediatamente, necesitamos su ayuda! Mientras tanto, la casa estará enclavada en todos sus huecos.